



Capítulo 643: Acuerdo firmado

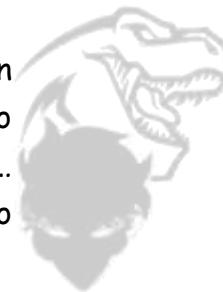
El cuerpo de Freyja tembló.

No fue un temblor de miedo ni de vacilación.

Fue el escalofrío de algo demasiado antiguo, demasiado grande, tocado en un punto al que rara vez se llega. Una rabia latente creada simplemente porque Zafiro mencionó un acuerdo tan absurdo que sonaba casi como una broma.

El templo reaccionó primero.

Las columnas doradas crujían como huesos bajo presión. Las runas talladas en la piedra brillaban de un rojo intenso y ardían como heridas abiertas. El cielo sobre el santuario, que hasta entonces había sido de un azul suave y eterno... se abrió en tonos de escarlata intenso, como si un amanecer sangriento hubiera sido arrastrado por la fuerza sobre Vanaheim.



El agua de la piscina burbujeaba.

El azul cristalino desapareció en un abrir y cerrar de ojos, reemplazado por un rojo espeso, pesado y pulsante... sangre divina, no literal, sino simbólica. La esencia misma emocional de la diosa rebosante.

Por un momento, el Templo de Freyja dejó de ser un lugar.

Se convirtió en un reflejo.



Al igual que Virgilio, cualquier ser que superara un cierto umbral de poder llevaba dentro de sí una representación de su propia existencia... un mundo interior, un dominio simbólico donde se mezclaban autoridad, identidad y esencia.

Virgilio conocía bien.

Un santuario demoníaco erigido sobre un mar interminable de lirios araña carmesí, cada flor representa su conexión con la muerte. Arriba, una gigantesca Sakura de Sangre, una distorsión del Árbol del Mundo, Qliphoth, cuyas raíces se sumergían en ríos carmesí y cuyas ramas sostenían un sol artificial, forjado no para calentarse, sino para observar.

El viento atravesó ese mundo con palas invisibles. El fuego ardió sin consumir. La sangre fluía como un recuerdo vivo... y la muerte... la muerte observaba todo en silencio.



Era un dominio poderoso... pero incompleto.

Una pseudoautoridad.

Una corona que aún crecía junto a su portador.

Pero el mundo de Freyja...

Vergil apenas podía respirar.

Por un solo segundo vio.

No como una visión común.



No como metáfora.

Vio a Ragnarök.

No es el mito simplificado contado a los mortales, sino el verdadero: campos de batalla interminables bajo cielos que se derrumban, lanzas incrustadas en horizontes destrozados, valquirias volando como sombras doradas entre los cadáveres de dioses y monstruos. Las runas atravesaron el aire como leyes reescritas a la fuerza. La magia no fue lanzada— existió, densa, asfixiante, inevitable.

Había belleza allí.

Pero era una belleza cruel.

Freyja no era sólo amor, fertilidad y deseo.

Ella fue la guerra nacida del amor. La magia que decide quién vive. La muerte que elige quién cae con honor.

Mientras que el mundo de Virgilio era un santuario en formación, el de Freyja era un campo de batalla eterno, refinado por épocas de conflicto, sacrificio y decisiones imposibles. Comparada con ella...

Vergil sintió esto con una claridad incómoda.

Él no era débil.



Pero antes de Freyja, era como un niño viendo a un adulto que ya había visto el fin del mundo... y reconstruido las piezas que valían la pena.

Lo que vio fue lo que Freyja más anhelaba... su Dominio estaba centrado en un solo deseo... el Fin de los Dioses Nórdicos.

Y rápidamente, también sintió que...

El temblor cesó.

El cielo volvió lentamente a su tono dorado. El agua de la piscina recuperó su transparencia. Las runas se atenuaron.

Freyja respiró profundamente.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya no estaba allí sólo la diosa del amor.



Había mando. Claridad. Y una furia perfectamente contenida.

Ella miró directamente a Zafiro.

"Si vinieras a burlarte de mí," dijo ella, sin alzar la voz... y eso empeoró todo. "Vete. No tengo tiempo para esto." Su mirada se dirigió hacia Virgilio, evaluándolo no como un hombre... sino como un acontecimiento.

"Llévate a tu hijo contigo, no deseo recuperar mi alma", continuó. "Es inútil de todos modos."

Zafiro se encogió de hombros, completamente indiferente a la acusación.



"Está bien, vámonos Vergil," dijo Sapphire mientras se giraba tranquilamente, "De todos modos, probablemente no le importe, así que vámonos. Lo importante es que todavía tengas un deseo absoluto con la Reina Bruja, puedes usarlo como quieras", dijo Zafiro y se alejó.

Vergil miró la espalda de su esposa. "¿Ibas a usar mi carta de triunfo secreta para esto?" Se preguntó, después de todo, que estaba guardando cuidadosamente ese deseo que había ganado al dejar que Seris entrenara a Alice.

"¿Hm? Por supuesto, de todos modos no necesitas ese estúpido deseo para conquistar a Seris. Esa niñita, Alice. Probablemente ya la hayas conquistado. Sólo tienes que coquetear con ella y fácilmente vencerás a esa vieja bruja." Zafiro se encogió de hombros. "Ese deseo tuyo se desperdiciaría de todos modos, podríamos ayudar a esta diosa y tú también podrías tenerla."

Vergil continuó mirando a Zafiro. "¿Cuándo llegó el plan de tener a Freyja para mí?"

"Hm... bueno, lo ibas a hacer de todos modos, ¿no? Tienes esa mirada de lobo que quiere devorar a su presa."

"No."

"¿En serio?"

"Muy en serio."

"No estoy de acuerdo."



"¿En base a qué?"

"No lo sé, intuición femenina."

"La intuición es una mierda."

"¿Quieres apostar?"

"No, estoy bien."

"Gané."

"Sí, cuenta con ello."

"¿PUEDEN PARAR TODOS?!"



El grito de Freyja no era sólo sonido. Era una orden, era desesperación, era el remanente de una antigua autoridad que intentaba imponerse en un mundo que ya no la obedecía.

Todo el templo tembló mientras ella avanzaba hasta que se detuvo ante Zafiro y le golpeó con fuerza el pecho, con los dedos temblando no de miedo, sino de absoluta frustración.

"¡Qué diablos es eso de pedirle a Seris que rompa la maldición! Su voz salió ronca, desgarrada, como si cada palabra hubiera sido arrancada a la fuerza.



Zafiro, por el contrario, se rió.

No es una risa fuerte, sino esa risa corta, satisfecha y cruel de alguien que acaba de tocar exactamente donde duele.

"Hmm... parece que la maldición sigue muy activa," comentó, inclinando la cabeza, analizando a Freyja como si fuera una curiosidad interesante. "Te ves tan... diferente."

Dio un paso lento alrededor de la diosa, evaluándola.

"Casi humano."

Vergil frunció ligeramente el ceño y su mirada cambió de una a otra.

"...¿Qué maldición es esa?" Finalmente preguntó.

Zafiro se detuvo y respondió sin siquiera mirar a Freyja, como si describiera un hecho trivial:

"Ella está atrapada en Vanaheim. Ella no puede irse." Hizo un gesto vago con la mano. "Y Odín lanzó una deliciosa maldición: Freyja no puede lastimar a nadie... ni portar armas."

Vergil parpadeó una vez.

Zafiro continuó, con voz aguda:



"Básicamente se ha convertido en un ser humano con un poder cosmético para dar forma al medio ambiente." Ella sonrió. "Claro, todavía tiene ese encanto residual, pero es patético comparado con lo que solía ser"

Los ojos de Freyja ardían.

Luego, Zafiro se acercó, inclinándose ligeramente para hablar directamente a su oído: "¿No es así, líder valquiria?"

El nombre cayó como una espada.

"Fólkvangr debe estar sumido en el caos ahora", continuó Zafiro, con demasiada calma. "Sin ti. Sin tu presencia. Sin tus órdenes." Ella levantó una ceja. "Y peor aún... has perdido todas las conexiones con tu palacio, ¿no?"



El silencio que siguió fue ensordecedor.

Vergil se dio cuenta de algo en ese momento.

No fue sólo una provocación. Fue una declaración.

Zafiro describía, pieza por pieza, el desmantelamiento completo de una diosa.

Freyja apretó los puños— y el simple acto la hizo estremecer, como si el mundo mismo la estuviera reprendiendo por intentar reaccionar.

Ella no atacó.

Ella no pudo.



Virgilio sintió allí la magia de la maldición—activa, cruel, absoluta. Cualquier intento de violencia le resultaría contraproducente.

Zafiro también se dio cuenta. Y así fue aún más lejos.

"Si esto fue antes de que Odín te desterrara..." dijo, con una sonrisa casi nostálgica,

"...Probablemente me enfrentaría a una de las batallas más difíciles de mi vida."

Ella se encogió de hombros.

"¿Pero ahora?" Ella miraba a Freyja de arriba abajo. "Ahora ni siquiera puedes tocarme."

Freyja respiró pesadamente. No por agotamiento—por odio contenido.

Virgilio observó en silencio, comprendiendo finalmente la magnitud de la humillación:

una diosa de la guerra reducida a espectadora de su propio colapso, incapaz incluso de reaccionar ante la provocación de un demonio primordial.

Zafiro dejó escapar un suspiro aburrido, como alguien que acababa de perder el interés en un juguete viejo.



"Basta," dijo, dándole la espalda a Freyja sin ninguna ceremonia. "Eso es suficiente por hoy. Tenemos cosas que hacer, plazos que cumplir y un torneo por delante. Burlarse de una diosa en una crisis existencial ni siquiera estaba en lo más alto de la lista."

Comenzó a caminar hacia la salida del templo, sus pasos resonaban con absurda naturalidad en ese lugar que, minutos antes, había sido el reflejo de la furia de una deidad.

"Vamos, Virgilio."

Vergil miró a Freyja por un momento.

No con desprecio.

Ni con piedad. freewebnovel.com



Pero con algo más peligroso: la comprensión.

Él asintió una vez.

"Sí," respondió simplemente. "Tenemos cosas que hacer."

Y siguió a Safira.

Cada paso que daban parecía devolver al templo a su silencio forzado —no el silencio de la paz, sino el silencio de algo derrotado sin luchar. Las columnas doradas dejaron de crujir. Las runas se desvanecieron por completo. El aire perdió su peso aplastante.



Freyja se quedó allí parada.

Inmóvil.

Solo.

Con el eco de sus propias pérdidas vibrando en su pecho.

Ya estaban a pocos metros de la salida cuando—

"¡ESPERA!"

El grito atravesó el templo como una espada.

No era una orden divina.

No era autoridad.

Fue una desesperación cruda.

Zafiro se detuvo.

Virgilio también.

Poco a poco, ambos giraron.



Freyja dio unos pasos adelante, con los ojos brillando no de seducción ni de furia... sino de algo mucho más raro en los dioses: una decisión tomada contra su propio orgullo.

"Acepto," dijo ella, con voz firme y con fuerza. "El trato."

Zafiro arqueó una ceja leve. "¿Hm?"

Freyja apretó los puños, respiró profundamente y continuó, cada palabra se escurrió como si costara más que batallas enteras.

"Quieres Brisingamen."

Ella tragó fuerte. "Me rindo."

El nombre en el collar parecía reavivar algo en el aire —un brillo antiguo, un eco de poder que no necesitaba mostrarse para sentirse.

Vergil entrecerró ligeramente los ojos. Conocía suficientes historias para comprender su peso. Brisingamen no era sólo un artefacto. Era un símbolo. Era identidad. Era una extensión de la propia Freyja.

"Pero," continuó, levantando su mirada directamente hacia Safira ahora, "tan pronto como termina el torneo... la devuelves."

Safira guardó silencio por un momento.

Ella no se burló.



Ella no provocó.

Ella simplemente evaluó.

"Quieres prestar tu esencia," dijo lentamente. "No entregarlo."

"Exactamente." Freyja asintió. "Lo usas. Tú comercias. Tú ganas." Su voz tembló por un momento, pero no dio marcha atrás. "Y luego... me lo devuelves."

El templo parecía contener la respiración.

Virgilio miró a Safira, curioso. Él conocía ese silencio. Fue un silencio peligroso—el momento exacto en el que decidió si algo valía la pena o no.



Zafiro sonrió.

No es una sonrisa cruel.

Una sonrisa satisfecha.

"Mira eso..." comentó, volviéndose completamente hacia Freyja ahora. "Ella todavía tiene dientes."

Caminó unos pasos hacia adelante, deteniéndose a pocos metros de la diosa caída. Sus ojos dorados se encontraron con los de Freyja sin ninguna superioridad exagerada —sólo una igualdad brutal.

"Está bien," dijo finalmente. "Acuerdo aceptado."